

---

# Características y paradojas de la vida de infancia en los escritos de san Josemaría

## *Characteristics and Paradoxes of the Life of Childhood in the Writings of St. Josemaría*

RECIBIDO: 6 DE MARZO DE 2012 / ACEPTADO: 26 DE AGOSTO DE 2012

---

**Maria Helena G. PRATAS**

Instituto Superior de Educação e Ciências  
Lisboa, Portugal  
hpratas@isec.universitas.pt

**Resumen:** Mediante el análisis atento de los escritos publicados de san Josemaría, intentamos discernir en qué consiste y cuáles son las características de la infancia espiritual que en ellos se evidencian. En cada apartado se considera especialmente una de las obras del autor y alguno de los aspectos –en cierto modo paradójicos– que caracterizan la infancia espiritual, aunque de hecho, gran parte de los rasgos considerados son comunes a varios de sus escritos. Se van dibujando, poco a poco, las múltiples paradojas del camino de infancia: pequeñez y grandeza, humildad y audacia, debilidad y reciedumbre, madurez humana y sobrenatural.

**Palabras clave:** Características de la vida de infancia, san Josemaría, infancia espiritual.

**Abstract:** Through a careful analysis of the published works of Saint Josemaría, we try to discern what it is and which are the characteristics of childhood life which they show. In each section we consider especially some work and the characteristics –sometimes paradoxical– that it presents. In each chapter we highlight only some characteristic to avoid excessive repetition, but in fact, much of the traits considered are common to several of his writings. Little by little, the many paradoxes of the way of childhood are sketched –smallness and greatness, humility and courage, weakness and resilience, human and supernatural maturity.

**Keywords:** Characteristics of Childhood Life, Saint Josemaría, Way of Childhood.

Los autores que estudian la infancia espiritual generalmente coinciden en apuntar su origen en la Sagrada Escritura, que asienta sus profundas y fecundas raíces en la realidad de la filiación divina y que aparece, sobre todo a partir de la Edad Media, asociada a la devoción a la infancia de Jesús<sup>1</sup>. En un artículo anteriormente publicado hemos considerado la infancia espiritual en san Josemaría Escrivá. Aunque la vida y la doctrina sobre esta temática van estrechamente unidas en el autor, para evitar repeticiones, en este estudio nos detendremos apenas sobre las características de la infancia espiritual que evidencian sus obras publicadas.

¿Qué características presenta la vida de infancia en los escritos de san Josemaría? Partiendo de esta cuestión como objetivo central, después del estudio relativo al tema, la metodología utilizada ha sido el análisis atento de las obras del autor, para centrarnos en las que abordan esta temática –*Santo Rosario, Camino, Vía Crucis, Surco, Forja, Cristo que Pasa y Amigos de Dios*–. Dedicamos un apartado a cada una, con excepción de *Camino*, al que se dedican dos, ya que la trata más extensamente. En cada apartado se consideran especialmente algunos aspectos –en cierto modo paradójicos– que caracterizan la infancia espiritual, aunque ello no signifique que no se encuentren también en las restantes obras. Se optó por destacar únicamente algunos de los rasgos que presentan para evitar excesivas repeticiones.

La necesidad imperiosa de hacerse como niños ante Dios tiene su fundamento en las mismas palabras de Jesucristo: «Si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 18,3). El impacto de estas palabras ha conducido muchos cristianos por lo que vino a llamarse la vía de infancia espiritual, que llegó a ser considerada por algunos autores «como una de las líneas dominantes de la espiritualidad cristiana»<sup>2</sup>. No es fácil determinar en qué consiste este hacerse como niños. Parece indicar una conversión, un estado interior que es necesario alcanzar, relacionado, probable-

<sup>1</sup> Cfr. POURRAT, P., «Enfance», *Catholicisme* IV (1956) 132. No me detengo en estos aspectos, por haberlos tratado anteriormente: cfr. PRATAS, H., «La Vida de Infancia en san Josemaría Escrivá. Una introducción», *Scripta Theologica* 42 (2010) 611-638.

<sup>2</sup> BERROUARD, M.-F., SAINTE-MARIE, F. y BERNARD, C., «Enfance Spirituelle», *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique* IV (1960) 705. Entre los estudios sobre la infancia espiritual que hemos consultado, puede verse, por ejemplo, NOYE, I., «Enfance de Jésus», *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique* IV (1960) 652-682; DE MEESTER, C., «Infancia Espiritual», *Diccionario de Mística* (2002) 905; HERRÁN, L. M., «Infancia espiritual», *Gran Enciclopedia Rialp* XII (1972) 692-694. Otros autores vendrán citados oportunamente.

mente, con una actitud de hijo pequeño que reconoce y ama la total dependencia hacia su Padre<sup>3</sup>.

La expresión «infancia espiritual» surgió alrededor del siglo XIII, se desarrolló y difundió considerablemente durante el siglo XVII, y se hizo célebre gracias a las enseñanzas de santa Teresa del Niño Jesús, que llegó a ser Doctora de la Iglesia. Según mencionó el Papa Pío XI al canonizar a esta Santa, el camino de infancia consiste en sentir y actuar bajo la influencia de la gracia –en el plano sobrenatural– de la misma forma que siente y actúa un niño desde el punto de vista natural. Sin embargo, este *caminito* de la infancia no tiene de infancia más que el nombre<sup>4</sup>. Para entender lo que es la infancia espiritual se la compara con la infancia natural, por vía de analogía, excluyendo determinados defectos y aplicando sus cualidades al orden sobrenatural, especialmente el reconocimiento de la propia fragilidad y el total abandono y confianza en sus padres. Como en toda analogía, también entre la infancia natural y la infancia sobrenatural hay semejanzas y diferencias. Una primera diferencia es el hecho de que la infancia sobrenatural excluye todo tipo de inmadurez. Otra diferencia consiste en que, en el orden natural, los hijos se vuelven autosuficientes al crecer, pero en el orden de la gracia, cuanto más crecen más viven de Dios y de las inspiraciones del Espíritu Santo en su alma. Se van haciendo cada vez más dependientes de Dios y se abandonan más a su acción<sup>5</sup>. Por ese motivo, la vía de infancia es también abandono, según veremos.

Sin embargo, san Josemaría Escrivá no aprendió con santa Teresa del Niño Jesús –en sus escritos– el camino de infancia, y aclara que sólo después de vivirlo advirtió la semejanza con el «caminito» de Teresa de Lisieux<sup>6</sup>. En san Josemaría la infancia espiritual es vivida en relación con la santificación en medio del mundo, es decir, con la vida profesional, familiar y social, de un modo distinto a la vía de santa Teresita.

<sup>3</sup> Cfr. BERROUARD, M.-F., SAINTE-MARIE, F. y BERNARD, C., «Enfance Spirituelle», 688-692, 704 y 712.

<sup>4</sup> Cfr. Pío XI, «Homilía de la Misa de Canonización», *AAS* 17 (1925) 211-214.

<sup>5</sup> Cfr. FRANCISCO DE SALES, *Tratado del Amor de Dios*, Madrid: Apostolado de la Prensa, 1947, l. IX, cc. 13-14.

<sup>6</sup> Cfr. *Apuntes*, 560, citado en VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei. Vida de Josemaría Escrivá*, Madrid: Rialp, 1997, I, 405, 415. Sobre la devoción de san Josemaría a Teresa de Lisieux, véase, por ejemplo, RODRÍGUEZ, P., *Camino*, ed. crítico-histórica, Madrid: Rialp, 2002, 914ss.; PRATAS, H., «La Vida de Infancia en san Josemaría Escrivá», 626-632.

## PEQUEÑEZ Y GRANDEZA EN LA INFANCIA ESPIRITUAL

«¿si tienes deseos de ser grande, hazte pequeño!»

Prólogo *Santo Rosario*

Entre octubre de 1931 y marzo de 1932 hubo un periodo de especial intensidad en la vivencia de la infancia espiritual por parte del Fundador del Opus Dei, como aparece documentado en sus *Apuntes íntimos*<sup>7</sup>. Este tiempo de gracias relacionadas con la vida de infancia fue precedido y acompañado de una profunda vivencia de la paternidad de Dios y de su propia filiación divina así como del descubrimiento de la infancia de Cristo. Es de esta época *Santo Rosario*<sup>8</sup>.

En el prólogo de *Santo Rosario*, san Josemaría revela el secreto y acentúa la importancia del camino de infancia: «Amigo mío: si tienes deseos de ser grande, hazte pequeño». Invita al lector a acompañarle y a contemplar los misterios de la vida de Cristo como si ambos fuesen niños: «Hazte pequeño. Ven conmigo y —éste es el nervio de mi confianza— viviremos la vida de Jesús, María y José»<sup>9</sup>. Su objetivo no es reflexionar sobre la vía de infancia espiritual, ni explicarla, sino enseñar a vivirla: primero viene la vida, después la reflexión. Josemaría Escrivá no esconde lo mucho que le atrae la vía de infancia y no se resiste a darla a conocer y a ayudar a vivir esta vía de contemplación. Llama la atención su particular viveza en la forma de exponerla. El estilo directo, incisivo, interpela al lector. No se limita a describir, sino que invita a experimentar, a precederle, a atreverse audazmente a vivirla<sup>10</sup>.

El autor acompaña al lector, ayudándole a emprender esta vía. Le enseña a contemplar los misterios del Rosario de un modo atractivo que, sin forzar, cautiva: «Ven conmigo», invita, para contemplar los acontecimientos gozosos de la vida en Nazaret, o los dolorosos de la Pasión, o la gloria de la

<sup>7</sup> Los *Apuntes íntimos* son textos de carácter reservado que el Fundador, por deseo expreso, no quiso que se leyeran antes de su muerte. Cfr., por ejemplo, RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 23-24. En RODRÍGUEZ, P., ANCHEL, C. y SESÉ, J., *Santo Rosario*, ed. crítico-histórica, Madrid: Rialp, 2010, se recogen las anotaciones íntimas de san Josemaría, durante la Novena de la Inmaculada de 1931, muchas de ellas transcritas en *Santo Rosario*.

<sup>8</sup> Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 914. Sobre este libro y sobre la infancia espiritual del autor, véase RODRÍGUEZ, P., ANCHEL, C. y SESÉ, J., *Santo Rosario*, 81-100.

<sup>9</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Santo Rosario*, Madrid: Rialp, 1979, 15-17. Para evitar repeticiones, en lo sucesivo se citará sólo el título de las obras de san Josemaría.

<sup>10</sup> Cfr. IBÁÑEZ LANGLOIS, J. M., *Josemaría Escrivá como escritor*, Madrid: Rialp, 2002, 63-79.

Resurrección. Autor y lector –niños, los dos– contemplan maravillados los misterios de gozo. En los misterios de dolor observan consternados la flagelación, la coronación de espinas, la dolorosa subida al Calvario, la muerte de Jesús en la Cruz. Se emocionan y hacen propósitos firmes de mejorar sus vidas. Finalmente, los dos se alegran al contemplar al Señor Resucitado, besan juntos sus llagas, se entristecen cuando se eleva al Cielo. En Pentecostés ayudan a los Apóstoles a administrar el Bautismo y ambos cogen el manto de la Madre del Cielo en la Asunción y le prestan homenaje en la Coronación. «Tú y yo» se repite a cada paso: viven juntos una misma aventura inolvidable<sup>11</sup>.

*Santo Rosario* fue escrito de un tirón en la Novena de la Inmaculada Concepción de 1931. El joven sacerdote dejó para siempre inmortalizado, en este pequeño libro, este modo de contemplación, esta oración de infancia que es fruto de un pedido a Santa María: «te expongo este deseo de llegar a la perfecta infancia espiritual»<sup>12</sup>. Le fue concedido lo que deseaba y, a través de este librito, abrió a muchas otras personas este mismo camino de infancia. *Santo Rosario* se caracteriza, precisamente, por hacer oración contemplando los misterios del Rosario con una actitud de niño, tomando parte activa en las acciones y sucesos, como testigo y criado y acompañante de Jesús, María y José<sup>13</sup>. Es precisamente el hacerse niños lo que les permite estar presentes en todas aquellas escenas, con un atrevimiento dictado por el amor. Este atrevimiento audaz es una de las características de la infancia espiritual: para quien es pequeño no hay obstáculos, a todo se atreve. Y cuanto más pequeño, más audaz<sup>14</sup>. Como señalan los autores de la edición crítica de *Santo Rosario*, en la contemplación de la Asunción el autor «extrema su audacia infantil: los Apóstoles se quedan en tierra, y los niños, como los Ángeles, siguen a María hasta la gloria del Padre»<sup>15</sup>.

«*Ser grande*» significa crecer en santidad, en unión con Dios, en espíritu contemplativo. Hacerse pequeño, una y otra vez, es necesario para ser capaz de grandes audacias, de verdaderas «locuras de amor», más aún, para llegar a la completa locura por Jesús, la meta anunciada en el prólogo, ya que todo es confiado a la omnipotencia divina. El objetivo de la vía de infancia es con-

<sup>11</sup> Cfr. *Santo Rosario*, 4º misterio glorioso.

<sup>12</sup> *Apuntes*, 437, citado en VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador*, I, 372.

<sup>13</sup> Cfr. VILARNOVO, A., «Santo Rosario: escena y contemplación en el discurso», en GARRIDO GALLARDO, M. A. (ed.), *La obra literaria de Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona: Eunsa, 2002, 288-289.

<sup>14</sup> Cfr. *Santo Rosario*, 1º misterio glorioso.

<sup>15</sup> RODRÍGUEZ, P., ANCHEL, C. y SESÉ, J., *Santo Rosario*, 251.

templar, rezar, agradecer, pedir perdón, desagraviar, hacer propósitos: ¡amar, al fin y al cabo!

La finalidad del camino de infancia no es otra que el deseo de alcanzar la santidad. Pequeñez y grandeza se unen, paradójicamente, en esta vía: «¡si tienes deseos de ser grande, hazte pequeño!», aconseja san Josemaría. Lo mismo indicaba el Maestro a los apóstoles cuando efectivamente buscaban ser grandes en el Reino de los Cielos (cfr. Mc 9,33-37, Lc 9,46-48).

#### FUERTE Y SÓLIDA VIDA CRISTIANA

*«Camino de infancia. –Abandono. –Niñez espiritual. –Todo esto no es una bobería, sino una fuerte y sólida vida cristiana»*

*Camino, 853*

Una de las fuentes más accesibles para conocer la infancia espiritual en el pensamiento de san Josemaría es el libro *Camino*, escrito entre 1928 y 1934, que dedica al tema dos capítulos<sup>16</sup>. Pedro Rodríguez, en la edición crítico-histórica de *Camino*, aclara que inicialmente estos dos capítulos formaban solamente uno y observa que los contenidos del primero –*Infancia Espiritual*– parecen querer definir en qué consiste el camino de infancia, y los del segundo –*Vida de Infancia*– procuran enseñar el modo práctico de vivirlo, su *praxis*<sup>17</sup>.

Es importante aclarar que la filiación divina –tratar a Dios como Padre– no se identifica con la infancia espiritual. No todos los hijos de Dios se sentirán llamados a vivir vida de infancia, a un trato con Dios como niños pequeños. Por eso, el primer punto del capítulo de *Camino* dedicado a la infancia espiritual aconseja al lector a conocer esta vía, pero sin forzarle a seguirla: «Procura conocer la “vía de infancia espiritual”, sin “forzarte” a seguir ese camino. –Deja obrar al Espíritu Santo», aconseja<sup>18</sup>. San Josemaría acentúa la libertad de seguir la vía de infancia, que sólo interesa en tanto en cuanto el lector sienta que el Señor le conduce por esa vía.

<sup>16</sup> Cfr. *Camino*, 69 ed Madrid: Rialp, 2000, 852-874 y 875-901.

<sup>17</sup> Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 913.

<sup>18</sup> *Camino*, 852.

Destaca en el Fundador del Opus Dei un gran amor a la libertad personal. Consideraba que no se debían uniformar las almas y que nadie debería sentirse nunca forzado a seguir ni el camino de infancia, ni ninguna otra senda espiritual<sup>19</sup>. Hay mil modos de rezar. A los hijos de Dios no les hace falta un método determinado para dirigirse a su Padre; quien ama sabe descubrir caminos personales para vivir en diálogo continuo con el Señor<sup>20</sup>, afirmaba.

En la vida de infancia espiritual no se trata de que haya esfuerzos hercúleos de la mente o de la voluntad, sino de seguir dócilmente las inspiraciones del Paráclito. Es fruto de la docilidad al Espíritu Santo, pero de una docilidad y de un abandono que exigen lucha, empeño esforzado, voluntad enérgica<sup>21</sup>.

Muchos de los puntos de *Camino* advierten sobre el hecho de que este camino nada tiene de infantilidad o ingenuidad<sup>22</sup>. La infancia espiritual supone una fuerte y sólida vida cristiana, ser como un niño desde un punto de vista sobrenatural no implica ingenuidad, al revés; quien es niño con Dios, es también fuerte y prudente en todos los demás aspectos de su vida<sup>23</sup>. Vivir la vía de infancia exige ser dócil a la acción de la gracia, «camino cuerdo y recio que, por su difícil facilidad, el alma ha de comenzar y seguir llevada de la mano de Dios»<sup>24</sup>, afirma. Es simultáneamente fácil y difícil de vivir, ya que exige la sumisión del entendimiento –propia de la vida de fe– y un continuo ejercicio de la voluntad<sup>25</sup>. La sumisión del entendimiento, relacionada con la sumisión de la voluntad, es una consecuencia de la primacía total de la fe y de la confianza en Dios en la infancia espiritual. La inteligencia se rinde ante lo que Dios pide, pues sabe, gracias a la fe, que Él «sabe más»<sup>26</sup>.

Con frecuencia, el autor dialoga con el lector en un tono coloquial, íntimo, de confianza. Le recomienda la actitud interior de infancia espiritual; y

<sup>19</sup> Cfr. *Apuntes*, 535: «No es mi intención *uniformar* las almas» citado en VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador*, I, 377.

<sup>20</sup> Cfr. *Amigos de Dios*, 255. Sobre la relación entre la filiación divina y la infancia espiritual, cfr. RODRÍGUEZ, P., ANCHEL, C. y SESÉ, J., *Santo Rosario*, 85-97.

<sup>21</sup> Cfr. *Camino*, 57, 871, 852; *Forja*, 446. Cfr. OROZCO, A., «Aprender en Camino el amor a la Virgen», en MORALES, J. (ed.), *Estudios sobre Camino*, 2 ed Madrid: Rialp, 1989, 343.

<sup>22</sup> Cfr. *Camino*, 852-858.

<sup>23</sup> Cfr. *ibid.*, 858, 854.

<sup>24</sup> *Camino*, 855.

<sup>25</sup> Cfr. *ibid.*, 856.

<sup>26</sup> Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 919.

al hablar al lector de la vida de infancia, le trata como a un niño. Le llama, a veces, en tono de amistad y franqueza, «niño bobo», «niño audaz»<sup>27</sup>. Le aconseja una u otra actuación, le recuerda un detalle que no debe olvidar, le enseña de un modo gráfico a relacionarse con Dios como un niño lo haría con su padre, inspirándose, probablemente, en escenas de la vida real o en sus propios recuerdos de infancia<sup>28</sup>.

En san Josemaría Escrivá la filiación divina surge estrechamente entrelazada con la vida de infancia espiritual, como una concreción interior y existencial de esa misma filiación, que es su fundamento. Afirma: «Delante de Dios, que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeño de dos años. Y, además de niño, eres hijo de Dios. –No lo olvides»<sup>29</sup>.

La infancia espiritual no es una fantasía fruto de un sentimentalismo ingenuo y de una imaginación fértil, sino que corresponde a la realidad de la condición de hijos –hijos pequeños en el orden de la gracia–. Esta realidad de lo que la criatura es, en el orden sobrenatural, respecto a Dios –niño, hijo– lleva a actuar como tal en nuestra relación con Él; conduce a realizar pequeñas obras, sobrenaturalmente fecundas, llenas de encanto a los ojos del Padre, siempre y cuando se hagan por amor, sin rutina<sup>30</sup>.

Quien sigue la vía de infancia no teme, es audaz y actúa con decisión: «las grandes audacias son siempre de los niños. –¿Quién pide... la luna?»<sup>31</sup>. Sólo un niño sería capaz de pedir lo imposible, sin fijarse en los peligros, tratando de conseguir lo que ambiciona.

Pero pequeñez no significa ignorancia, al contrario, quien vive el camino de infancia procura adquirir toda la ciencia humana posible. He aquí, sintetizados, los requisitos de quien sigue este camino: mucha gracia de Dios, el deseo de cumplir la voluntad divina, mucho amor y ciencia humana que capacita para realizar un verdadero apostolado: «“Poned” en un niño “así”, mucha gracia de Dios, el deseo de hacer su Voluntad (de Dios), mucho amor a Jesús, toda la ciencia humana que su capacidad le permita adquirir... y tendréis retratado el carácter de los apóstoles de ahora, tal como indudablemente Dios los quiere»<sup>32</sup>.

<sup>27</sup> Cfr. *Camino*, 862, 874, 875, 877.

<sup>28</sup> Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 941.

<sup>29</sup> *Camino*, 860.

<sup>30</sup> Cfr. *Camino*, 859. Varias de estas actitudes aparecen ejemplificadas en el capítulo «Vida de Infancia».

<sup>31</sup> *Camino*, 857.

<sup>32</sup> *Ibid.*

El niño aprovecha todas las oportunidades para agradar a su Padre: le ofrece todo, incluso sus mismas fragilidades<sup>33</sup>. El reconocimiento humilde y sincero de la propia insuficiencia capacita para abrirse a la gracia de Dios y al poder divino. A la conciencia de su pequeñez se alía la conciencia de su grandeza: «Niño, cuando lo seas de verdad, serás omnipotente»<sup>34</sup>. Este hecho prepara para afrontar audazmente todos los obstáculos y para llevar a todos los hombres la alegría, la serenidad y la paz que brotan de la filiación divina.

Su misma fragilidad le ayuda a ser humilde, a confiar menos en sí mismo o a la de su Padre, agarrándose rápidamente a su mano o a la de su Madre. La humildad se vive y manifiesta en otras virtudes que le están íntimamente relacionadas: la sinceridad y la docilidad. Si éstas faltasen dejaría de ser «niño», porque habría perdido la sencillez<sup>35</sup>. Las limitaciones suponen para el «niño» una ocasión para ser más humilde, más consciente de su fragilidad. No se desanima, pues se sabe amado con amor de predilección: «No olvides que el Señor tiene predilección por los niños y por los que se hacen como niños»<sup>36</sup>, advierte el autor.

#### ESENCIA DE LA VÍA DE INFANCIA: AMOR SIN MEDIDA

*«No olvides, niño bobo, que el Amor te ha hecho  
omnipotente»*

*Camino, 875*

El amor –un amor sin medida<sup>37</sup>– es lo que subyace en las paradojas de la vida de infancia. Lo que más llama la atención en los dos capítulos de *Camino* sobre la infancia espiritual es la seguridad que tiene el «niño» de su poder de hijo. ¡Sabe que el amor de Dios le ha hecho nada menos que... omnipotente! En el capítulo de *Camino* titulado *Vida de infancia*, el autor va ejemplificando posibles modos de vivirla. Si es el amor lo que hace al niño tan poderoso, no debe dejarse de alimentar ese amor de diferentes formas que cada enamorado

<sup>33</sup> Cfr. *Camino*, 865, 866, 870, 879, 880.

<sup>34</sup> *Camino*, 863. El vocativo «Niño» es característico de los *Apuntes íntimos*; cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 924.

<sup>35</sup> Cfr. *Camino*, 868, 871. Cfr. HERRÁN, L. M., «Infancia espiritual», 693.

<sup>36</sup> *Camino*, 872.

<sup>37</sup> Cfr. *Camino*, 894, 427.

sabr  descubrir con su ingenio para no caer en la rutina<sup>38</sup>. Vivir el camino de infancia exige poner en juego sus capacidades. San Josemaría va sugiriendo posibles formas de manifestar y alimentar ese amor, que es la esencia de este camino. Aclara y abre horizontes al lector: le sugiere visitar a Jesús en el Sagra-rio<sup>39</sup>, le habla de la oración simple y confiada del niño, que repite muchas veces: «te amo, te amo, te amo...»<sup>40</sup>; de la necesidad de mantenerse cerca de Dios como la mejor forma de reaccionar, también ante los fracasos<sup>41</sup>. El amor se revela igualmente en la generosidad con que el «niño» ofrece a Dios lo que él le pide, aunque a veces le cueste<sup>42</sup>. El conocimiento propio, el reconocimiento de su incapacidad, le conducen a pedir ayuda para escribir todos los días, guiado por el Maestro, una página hermosa —«grande»— en el «libro» de su vida<sup>43</sup>.

El amor se traduce también en pequeños sacrificios que se ofrecen. Una después de otra, las contrariedades ofrecidas son prueba de amor: «Al final, niño, has sabido hacer una cosa grandísima: Amar»<sup>44</sup>. La oración, acompañada del amor a la Cruz, es un aspecto indispensable del camino de infancia. Por la oración —que pone fin a las penas del «niño»<sup>45</sup>— crece el trato con Dios, el amor a las Personas divinas. Aunque a veces cueste conciliar las ideas y las distracciones sean muchas no hay que inquietarse. También los niños se distraen<sup>46</sup>. El autor sugiere que se pueden hacer circular las ideas inoportunas, como un guardia de tr fico hará circular los coches, y aprovechar para rezar por los protagonistas de esas ideas<sup>47</sup>.

Su oración de petición es audaz; algo natural, como el niño que mete las manos en el bolsillo del padre «en busca de golosinas»<sup>48</sup>. Quien vive vida de infancia es también «espiritualmente goloso», repleto de buenas ambiciones. Al mismo tiempo, la confianza total en saber que será atendido le lleva no sólo a pedir, sino casi a exigir<sup>49</sup>. No pide por sus méritos, sino porque se sabe hijo

<sup>38</sup> Cfr. *Camino*, 859; cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 921.

<sup>39</sup> Cfr. *Camino*, 876; cfr. *ibíd.*, 269, 270.

<sup>40</sup> *Camino*, 878.

<sup>41</sup> Cfr. *Camino*, 880, 884.

<sup>42</sup> Cfr. *Camino*, 881.

<sup>43</sup> Cfr. *Camino*, 882.

<sup>44</sup> *Camino*, 885. Cfr. *ibíd.*, 881, 899.

<sup>45</sup> Cfr. *Camino*, 889.

<sup>46</sup> Cfr. *Camino*, 890.

<sup>47</sup> Cfr. *Camino*, 891.

<sup>48</sup> *Camino*, 896; cfr. *ibíd.*, 898, 900. Este punto parece inspirado en su infancia; cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador*, I, 34-35.

<sup>49</sup> Cfr. *Camino*, 403.

de Dios, y cuenta con su misericordia pues tiene con él toda la fuerza de los méritos de Cristo, y los de su Madre<sup>50</sup>. Aquí reside toda su fuerza, el fundamento de su confianza y de su audacia. Los que viven vida de infancia son audaces tanto en la vida interior como en las actividades humanas que realizan, poniendo en juego todas sus capacidades y todo su empeño<sup>51</sup>.

La visualización de cómo actuaría un niño, en la vida natural, es llevada por el autor al plano sobrenatural; algunas veces para aconsejar, otras veces para animar, para consolar, para serenar...<sup>52</sup> Impulsa siempre a la lucha por la santidad, a una lucha y a un esfuerzo esperanzado, alegre, confiado. Aconseja que la propia pequeñez y rudeza no conduzcan al desaliento, pues son propias de niños; lo que verdaderamente importa es ser hijo de Dios<sup>53</sup> y mantenerse cerca de Él. El autor enseña al lector a realizar actos de amor y desagravio, sin medir las palabras al hablar con su padre<sup>54</sup>. Le incita a la gratitud, también ante el cuidado paternal de Dios que le evitó las caídas<sup>55</sup>.

El amor de «niño» tiene, pues, manifestaciones muy variadas. Una de ellas es la forma descarada, audaz en la que afirma su amor<sup>56</sup>. O la forma en la que ofrece las penas y dolores, tanto las propias como las ajenas, y todo lo que su Padre Dios le va pidiendo<sup>57</sup>. Se manifiesta igualmente en su petición atrevida<sup>58</sup>. Y en su perseverancia en la oración. Sabe que sus peticiones serán atendidas y por eso no desiste nunca, a semejanza de un pequeñín que llama a una porta, muchas veces, hasta que le abren<sup>59</sup>.

Quien vive vida de infancia practica con más facilidad la caridad también para con los que le rodean. El amor a Dios transborda en el amor al prójimo, como es propio de la vida cristiana: el «niño» –como decía ya san Máximo de Turín–, no guarda rencor, ni conoce el fraude, no se atreve a engañar. El cristiano, como el niño pequeño, no se irrita si es insultado, no se venga si es maltratado; reza por sus enemigos...<sup>60</sup>

<sup>50</sup> Cfr. *Camino*, 93.

<sup>51</sup> Cfr. *Camino*, 697.

<sup>52</sup> Cfr. *ibid.*, 887, 899.

<sup>53</sup> Cfr. *Camino*, 892, 882, 883, 884, 886, 890, 891.

<sup>54</sup> Cfr. *Camino*, 897.

<sup>55</sup> Cfr. *Camino*, 246; *ibid.*, 894, 427.

<sup>56</sup> Cfr. *Camino*, 402, 874.

<sup>57</sup> Cfr. *Camino*, 881.

<sup>58</sup> Cfr. *Camino*, 153.

<sup>59</sup> Cfr. *Camino*, 893. Parece inspirarse en la parábola evangélica del amigo inoportuno (cfr. Lc 11,58). Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 938.

<sup>60</sup> Cfr. SAN MÁXIMO DE TURÍN, *Homilía* 58: CCL 23, 218; *Sobre la Caridad*, Centuria 1, 1: PG 90, 959.

El amor está en el inicio, en el centro y en el fin de la vía de infancia espiritual. No hay nada más evangélico que la primacía del amor. El amor es lo esencial, lo que justifica este camino de infancia; lo vivifica, es su meta. ¡Hacer todo por amor, hacer grandes las cosas pequeñas por amor, rezar y sacrificarse por amor, vivir las virtudes por amor, alegrarse y sufrir por amor, actuar por amor, vivir de amor, morir de amor...! Su finalidad es llegar a una completa «locura de amor»<sup>61</sup>. Y todo lo que se realiza con este espíritu, incluso las acciones más pequeñas y triviales, poseen toda la fecundidad del amor<sup>62</sup>.

En *Camino* afloran muchas de las características de la vida de infancia, que están también presentes en otras obras del Autor. Vamos ahora a detenernos en algunos aspectos de la infancia espiritual que aparecen en su *Via Crucis*.

#### FLAQUEZA HUMANA Y FORTALEZA DIVINA

*«esa contrición y esa humildad transformarán  
nuestra flaqueza humana en fortaleza divina»*

*Via Crucis, VII*

Arraigada en la filiación divina, la infancia espiritual se asienta en la humildad y la fortalece: es un permanente reconocimiento de la propia pequeñez que abre a la criatura hacia la grandeza de Dios, que transforma la «flaqueza humana en fortaleza divina», como señala Josemaría Escrivá en su *Via Crucis*<sup>63</sup>. La humildad y la contrición no significan apocamiento humano o tristeza, al contrario: aliadas a la conciencia de la filiación divina son la verdadera fuente de la fortaleza y de la alegría de los hijos de Dios, incluso en los momentos de mayor debilidad, cansancio o sufrimiento.

Al vivir y acompañar la Pasión del Señor, el tener en cuenta la filiación divina y el hecho de sentirse hijo pequeño de Dios defiende del desaliento ante la constatación de las propias caídas, tantas veces repetidas: «Como el niño débil se arroja compungido en los brazos recios de su padre, tú y yo nos asiremos al yugo de Jesús. Sólo esa contrición y esa humildad transformarán nuestra flaqueza humana en fortaleza divina»<sup>64</sup>, escribe en uno de sus textos de

<sup>61</sup> Cfr. *Santo Rosario*, 15-17, *Camino*, 417-469, capítulos sobre el amor de Dios y la caridad.

<sup>62</sup> Cfr. *Camino*, 813, 859. Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 885.

<sup>63</sup> *Via Crucis*, Madrid: Rialp, 1981, VII; cfr. *Amigos de Dios*, 108, 95.

<sup>64</sup> *Via Crucis*, VII.

meditación, al contemplar las caídas de Jesús camino del Calvario. Si hay humildad, si hay contrición, lo que antes era flaqueza se transforma, por la gracia de Dios, en auténtica fortaleza.

Ya san León Magno se refería, a propósito de la infancia espiritual, a la virtud de la humildad y a la conversión. Afirmaba que no hay nadie sin pecado (cfr. 1 Jn 1,8) y que todos necesitan del perdón y de la misericordia divina. Por eso, la sabiduría cristiana se encuentra en una sincera y voluntaria humildad que lleva a la conversión, a volver a ser como niños, para poder entrar en el Reino de los Cielos. Este ser como niños no significa ser pequeños en el juicio, sino en la malicia (cfr. 1 Co 14,20). Se trata, pues, no de regresar a las imperfecciones anteriores, sino de tener algo que conviene también a los años de madurez: encontrar la paz, la ecuanimidad, no guardar rencor, no devolver mal por mal (cfr. Rm 12,17), como es propio de la infancia espiritual. No buscar el propio interés, sino el del otro (cfr. 1 Co 10,14). Ésta es la humildad que nos enseña, en su infancia, el Salvador<sup>65</sup>, afirma este autor.

Regresemos a *Via Crucis*. Prosigue san Josemaría: «Ese desaliento, ¿por qué? ¿Por tus miserias? (...) Sé sencillo. Abre el corazón. Mira que todavía nada se ha perdido. Aún puedes seguir adelante, y con más amor, con más cariño, con más fortaleza. Refúgiate en la filiación divina: Dios es tu Padre amantísimo. Ésta es tu seguridad, el fondeadero donde echar el ancla, pase lo que pase en la superficie de este mar de la vida. Y encontrarás alegría, reciedumbre, optimismo, ¡victoria!»<sup>66</sup>. Si se es humilde y sencillo, sincero y dócil, nada está perdido. Acentúa la importancia de la sencillez y de la sinceridad –de abrir el corazón–, junto con la consideración de la filiación divina, que es descrita, en una evocadora imagen, como el «fondeadero donde echar el ancla» en el mar de la vida.

Lo importante para ser «niño» es no perder la sencillez, ser transparente, dejarse llevar con entera confianza, para que las derrotas se transformen en victorias, la tristeza en alegría, el desaliento en esperanza y optimismo, la flaqueza en fuerza. El «niño» sabe que su debilidad no cuenta porque tiene toda la fortaleza de su Padre. Al adoptarlo como hijo, por el don de la gracia, Dios lo hace idóneo para la misión y para la herencia que quiere confiarle<sup>67</sup>. Reconoce, con humildad, que por sí sólo no puede nada, sólo tiene su flaqueza pero, al mismo tiempo, sabe que puede contar con toda la fortaleza divina,

<sup>65</sup> Cfr. SAN LEÓN, *Homilia 7, In Epiphania Domini*: CCL, 138, 200.

<sup>66</sup> *Via Crucis*, VII, 2.

<sup>67</sup> Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* 3, q,23, a.1, c.

como ya decía san Pablo (Flp 4,13), y por eso puede gloriarse, como el Apóstol, en sus flaquezas (2 Co 12,9)<sup>68</sup>.

La esencia del don de fortaleza consiste, precisamente, en revestir a la persona humana de la propia fuerza de Dios, que lleva al heroísmo tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. Esta fortaleza se manifiesta y se vive en la total fidelidad a las más pequeñas tareas cotidianas, en vivir con heroicidad los minúsculos deberes de cada instante, por amor.

El autor, contemplando con Nuestra Señora el *Via Crucis* de su Hijo, confía en la fortaleza divina que le hará fiel a lo que Dios espera de él: «comprendo bien que puedo no ser fiel... Pero esa incertidumbre es una de las bondades del Amor de Dios, que me lleva a estar, como un niño, agarrado a los brazos de mi Padre, luchando cada día un poco para no apartarme de Él»<sup>69</sup>.

Aún en el *Via Crucis* san Josemaría escribe: «En la oscuridad de la noche, cuando un niño pequeño tiene miedo, grita: ¡mamá! Así tengo yo que clamar muchas veces con el corazón: ¡Madre!, ¡mamá!, no me dejes»<sup>70</sup>. Estas palabras, esta jaculatoria dirigida a Santa María es como un grito de hijo pequeño que clama y confía en el amparo materno para recuperar la alegría que le es propia<sup>71</sup>.

#### SEGURIDAD Y ALEGRÍA DE LA INFANCIA

«...seguridad y gozo –sin niñadas– de la infancia espiritual»

Surco, 79

En *Surco* san Josemaría relaciona la alegría con el regreso a la vida de infancia. Precisamente, en el capítulo dedicado al tema de la alegría escribe: «¡Has rejuvenecido! (...) el trato con Dios te ha devuelto en poco tiempo a la época sencilla y feliz de la juventud, incluso a la seguridad y gozo –sin niñadas– de la infancia espiritual»<sup>72</sup>.

Pedro Rodríguez sugiere que, tal vez, la faceta más característica de la infancia espiritual que san Josemaría vive y propone no resida tanto en la humildad de la criatura, aunque la presuponga, sino, sobre todo, en la alegría y

<sup>68</sup> Cfr. *Amigos de Dios*, 29 ed. Madrid: Rialp, 2002, 194. Cfr. HERRÁN, L. M., «Infancia espiritual», 694.

<sup>69</sup> *Via Crucis*, XIV, 5.

<sup>70</sup> *Ibid.*, I, 1.

<sup>71</sup> Cfr. *Amigos de Dios*, 109.

<sup>72</sup> *Surco*, 18 ed. Madrid: Rialp, 2001, 79.

en la seguridad ante la paternidad de Dios Padre<sup>73</sup>. En la filiación divina reside el secreto de la eficacia, de la seguridad y de la alegría del «niño»: es descanso en el cansancio, paz en la guerra, serenidad en los conflictos, porque todo se hace asido a la mano paterna de Dios<sup>74</sup>.

La fe firme, la esperanza inquebrantable, el amor tierno y fuerte, la facilidad para olvidar las penas y descubrir alegrías, el optimismo, la audacia, la perseverancia en el pedir... son aspectos propios de la vida de infancia, que exigen una conversión, el «nacer de nuevo» del adulto (cfr. Jn 3,18)<sup>75</sup>.

El espíritu de infancia necesita, a veces, ser reavivado. Regresar a la vía de infancia cuando se está apagado, frío o tibio, es rejuvenecer. Es recuperar la intimidad con Dios, y con ella, la alegría, la osadía, la confianza y el ánimo, quizá perdidos<sup>76</sup>. El autor aconseja regresar a la «primera conversión» que si no es hacerse como niño, es cosa muy parecida<sup>77</sup>. Ese hacerse como niño implica volver a la antigua piedad de «niño», ser sincero, sencillo y dócil en la propia vida interior, dejarse guiar<sup>78</sup>.

La vida de infancia conlleva renovar una y otra vez el amor, «nacer de nuevo», con una nueva conversión. El deseo de vivir vida de infancia resulta de querer reparar, con amor ardiente, las faltas de amor que se descubren en la vida pasada y presente. Sin embargo, este reconocimiento no lleva a la tristeza. Quien se sabe hijo pequeño de Dios confía en el amor de su Padre, que nunca le abandona y siempre proveerá sus necesidades, tanto materiales como espirituales. Por este motivo, quien vive vida de infancia supera rápidamente penas, conflictos y fracasos.

Nacer de nuevo es visto como un regreso a la infancia espiritual, a la piedad, a la confianza de niño en Dios, a la docilidad. He aquí la verdadera conversión de la que habla Jesús (Mt 18,3).

En *Surco* hay un punto que relaciona la devoción a la infancia de Jesús con este «nacer de nuevo»: «Navidad. (...) espero, con impaciencia, al Niño.

<sup>73</sup> Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 913-916; cfr. *Camino*, 874, 886, 892, 893, 896, 897; *Amigos de Dios*, 108, 143. Es ilustrativo el hecho de que en *Forja*, el capítulo con más puntos relativos a la vida de infancia se titula ¡*Puedes!*

<sup>74</sup> Cfr. *Surco*, 884. Cfr. ECHEVARRÍA, J., *Memoria del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, 2 ed Madrid: Rialp, 2000, 168.

<sup>75</sup> Cfr. *Surco* 62. Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Predic. Hond.*, *El que no se haga como un niño no entrará en el Reino de los Cielos*, 27-VIII-1937, 254, XLII, citado en RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 920.

<sup>76</sup> Cfr. *Surco*, 79, *Forja*, 5 ed. Madrid: Rialp, 1988, 302, 348, 350, 446.

<sup>77</sup> Cfr. *Surco*, 145.

<sup>78</sup> Cfr. *Surco*, 270.

¡Qué contento me pondré en Belén!: presiento que romperé en una alegría sin límite. ¡Ah!: y, con Él, quiero también nacer de nuevo...»<sup>79</sup>. Este punto parece indicar que la infancia espiritual se fundamenta también, en cierto modo, en la misma infancia de Jesucristo: el Hijo de Dios se ha hecho niño y, de este modo, ha podido pedir que nos hiciéramos niños para entrar en su Reino. Él lo ha hecho posible con su mismo Nacimiento.

Sabemos, por los *Apuntes íntimos* de san Josemaría, que la devoción a Jesús Niño iba informando su vida interior y lanzando raíces profundas en su alma, al tiempo que se afianzaba en él la vivencia de la infancia espiritual<sup>80</sup>.

#### SENCILLEZ, ABANDONO, CONFIANZA AUDAZ

*«Procura ser un niño con santa desvergüenza, que  
“sabe” que su Padre Dios le manda siempre lo mejor»  
Forja, 924*

*Forja* no tiene ningún capítulo dedicado a la infancia espiritual, no obstante hay muchos puntos escritos con este espíritu, que retoman muchos aspectos de la vida de infancia que hemos observado<sup>81</sup>. La piedad y la sencillez de niño van unidas a la reciedumbre: «Sé sencillo y piadoso como un niño, y recio y fuerte como un caudillo»<sup>82</sup>. También está patente el amor, que el niño declara con audacia<sup>83</sup>. El niño reconoce su pequeñez y saca partido de ella, ya que el amor le hace invencible<sup>84</sup>.

Una característica específica de la infancia espiritual en san Josemaría, que no aparece en otros autores que escriben sobre el tema –por lo menos no con este nombre–, es la «santa desvergüenza»: «Procura ser un niño con santa desvergüenza, que “sabe” que su Padre Dios le manda siempre lo mejor. Por eso, cuando le falta hasta lo que parece más necesario, no se apura; y, lleno de paz, dice: me queda y tengo al Espíritu Santo»<sup>85</sup>, afirma.

<sup>79</sup> *Surco* 62. Cfr. *Forja*, 345, 301.

<sup>80</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador*, I, 406, 407.

<sup>81</sup> Varios puntos de *Forja* proceden de los *Apuntes íntimos*. Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 915.

<sup>82</sup> *Forja*, 101.

<sup>83</sup> Cfr. *Forja*, 302; cfr. *Forja*, 305, 346, 347, 349, 598, 624.

<sup>84</sup> Cfr. *ibid.*, 348, 354, 359.

<sup>85</sup> *Ibid.*, 924. Ya había referido en *Camino* que la «santa desvergüenza» es una característica de la vida de infancia: cfr. *Camino*, 389, 387, 388, 390, 391. Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 43-47.

¿En qué consiste esta «santa desvergüenza»? Tiene distintas vertientes: por una parte, la «santa desvergüenza» significa sencillez, una sencillez que capacita para actuar con atrevimiento o audacia. El «niño» no tiene vergüenza: posee la sencillez de no querer ocultar sus naturales flaquezas. Por otro lado, implica un estado de abandono en Dios con respecto a lo que piensen los demás o ante lo que pueda pasar. Al estar plenamente centrado en Cristo, está por encima de todas esas cosas, que no le afectan en demasía<sup>86</sup>.

La sencillez ya había sido apuntada por los Padres de la Iglesia como una de las características de los niños que los adultos debían imitar. Por ejemplo, san Juan Crisóstomo afirmaba que Jesús habla de ser como niños, no refiriéndose a la edad, sino a la sencillez del corazón<sup>87</sup>. Y san Jerónimo señala que así como el niño no piensa una cosa y dice otra diferente, la misma inocencia y pureza de intención es necesaria para entrar en el Reino de los Cielos<sup>88</sup>. El trato sin afectación, sin disimulo, es una de las cualidades de la vida de infancia. Los niños se muestran como son, sin fingimiento; cuando no lo hacen, es porque ya han perdido la simplicidad y han dejado de ser niños<sup>89</sup>.

Otro aspecto de la «santa desvergüenza» es el abandono. El «niño» vive el abandono, no se preocupa, no pierde la paz, porque confía en su Padre Dios. El abandono significa rendirse amorosa y totalmente a Dios, donarse, poner la propia vida en sus manos, permitir que haga lo que quiera, con fe en el amor divino y con plena confianza en su Providencia omnipotente<sup>90</sup>. Significa la perfecta conformidad, libre y amorosa, de la voluntad humana a la voluntad divina<sup>91</sup>.

Quien es «niño» en su vida interior conserva la paz, y una gran serenidad interior y exterior porque tiene a Dios y confía absolutamente en Él. Todo lo demás es secundario, sobrenaturalmente hablando<sup>92</sup>. Es ésta la actitud de quien sabe que Dios, infinitamente sabio y omnipotente, no dejará de darle

<sup>86</sup> Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 549-550.

<sup>87</sup> Cfr. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matthaeum* 38, 1: PG 57, 429c.

<sup>88</sup> Cfr. SAN JERÓNIMO, *In evangelium Matthaei comm.*, 3,18, 4: PL 26, 128c.

<sup>89</sup> Cfr. *Camino*, 862, 868.

<sup>90</sup> Cfr. *Forja*, 236. El abandono y la sencillez aparecen unidas también en *Forja*, 226. Para el tema del abandono, cfr. LANZ, A. M., «Abbandono», *Enciclopedia Cattolica* I (1949) cc.1.21-24; DE CAUSADE, J. P., *L'abbandono alla divina Provvidenza*, Milano: Cinisello Balsamo, 1991; LEHODEY, V., *Le saint abandon*, Paris: Gabalda, 1942. Cfr. ARELLANO, J., «Espíritu de abandono», 113-172.

<sup>91</sup> Cfr. VILLER, M., «Abandon», *Dictionnaire de Spiritualité*, I, 34.

<sup>92</sup> Cfr. *Forja*, 335.

siempre lo mejor, más allá de lo que pueda desear o pedir; por eso, basta que «exponga» sus dificultades<sup>93</sup>.

La «santa desvergüenza» es, pues, una actitud de sencillez y de naturalidad, que lleva a comportarse sin miedo al «qué dirán», sin respetos humanos, pues el «niño» es humilde<sup>94</sup>. Es el abandono propio de la infancia espiritual, de quien deja todo –preocupaciones, trabajos, apostolado– en las manos de Dios, que todo ordena para el bien de los que Le aman (cfr. Rm 8,28)<sup>95</sup> en un clima de fe, de alegría, de optimismo, pues descansa en las manos del Padre (cfr. 1 Pe 5,7; Flp 4,6).

Estas actitudes –sencillez confiada y abandono– están unidas en la vida de infancia por el hecho de conceder una primacía incondicional a lo único necesario: la santidad, y a la disposición interior de renunciar a todo si es ésa la voluntad de Dios. La plena entrega, la rendición, el abandono, llevan a la verdadera sencillez en su acepción más profunda, que libera de toda dependencia a los bienes creados y hace desear únicamente la unión con Dios<sup>96</sup>. El «niño» no sería sencillo, se complicaría, si estuviese dependiente de otros intereses periféricos, de los respetos humanos, de la consideración de los demás, de la vida cómoda, de las riquezas...<sup>97</sup>

Como señala Pedro Rodríguez, en san Josemaría el abandono está íntimamente unido a la *praxis* de la vida de infancia<sup>98</sup>. Sin embargo, el abandono no hace que el «niño» permanezca inactivo, ni en lo espiritual, ni en los asuntos temporales, pues sabe que su Padre es omnipotente y espera de él que se atreva a muchas cosas, para cumplir la voluntad divina<sup>99</sup>. Al revés, lleva al «atrevimiento» y a la «audacia» propios de la vivencia de la infancia espiritual<sup>100</sup>.

La confianza llena de audacia es otra de las características del camino de infancia. Sea cual sea la dificultad de las circunstancias, o sus mismas debilidades, el «niño» no desiste, sino que espera confiado en el poder y en la misericordia de Dios. El motivo lo explica en otro punto de *Forja*: «Niño, ama: ama

<sup>93</sup> Cfr. *ibid.*, 351, 924.

<sup>94</sup> Cfr. *ibid.*, 342.

<sup>95</sup> Sobre este tema, cfr. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, F. y BETETA, P., *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá*, 5 ed. Madrid: Palabra, 1999, 232-236.

<sup>96</sup> Cfr. *Forja*, 924, 335.

<sup>97</sup> Cfr. *ibid.*, 350. Cfr. VON HILDEBRAND, D., *Nuestra transformación en Cristo*, 2 ed. Madrid: Patmos, 1956, 135, 150-154.

<sup>98</sup> Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 847.

<sup>99</sup> Cfr. *Surco* 35.

<sup>100</sup> Cfr. *Camino*, 857.

y espera»<sup>101</sup>. El niño confía que el Amado acabará por concederle todo lo que necesita para volverse agradable a sus ojos.

Esta confianza audaz del «niño» tiene varias manifestaciones; de un modo especial en la oración esperanzada y confiada, llena de atrevimiento filial y decidido<sup>102</sup>. Quien vive la infancia espiritual desea alcanzar muchas gracias. En primer lugar, respecto a la propia santidad y a los medios que a ella conducen<sup>103</sup>. Simultáneamente, pide también por los demás, pues desea que todos Le amen como él<sup>104</sup>. Su confianza está bien patente en las peticiones audaces, santamente ambiciosas<sup>105</sup>, incluso en los momentos de cansancio y de agotamiento<sup>106</sup>.

En ocasiones, la oración del «niño» se dirige a Jesús, el «Amigo grande»<sup>107</sup>. Otras veces, a Dios como Padre<sup>108</sup>, o a la Señora, como Madre<sup>109</sup>. En todo caso, lo hace siempre al igual que lo haría un niño pequeño con su padre o con su madre, como es propio de la infancia espiritual. El autor ejemplifica una de estas «pequeñas niñadas»: «supongamos que un alma, que va por vía de infancia espiritual, se siente movida a arropar cada noche, a las horas del sueño, a una imagen de madera de la Santísima Virgen. El entendimiento se rebela contra semejante acción, por parecerle claramente inútil. Pero el alma pequeña, tocada de la gracia, ve perfectamente que un niño, por amor, obraría así. Entonces, la voluntad viril, que tienen todos los que son espiritualmente chiquitos, se alza, obligando al entendimiento a rendirse»<sup>110</sup>. Describe el papel que desempeña cada potencia espiritual en este acto y resalta la sumisión del entendimiento a la voluntad enamorada.

El «niño» está absolutamente seguro de la ayuda divina, tanto para su lucha interior como para toda la actividad externa, pues sólo desea cumplir la voluntad de Dios. Su oración audaz se extiende a todo lo que tiene que ver con el querer divino, para el cumplimiento de su misión y para la gloria de Dios<sup>111</sup>.

<sup>101</sup> *Forja*, 298. Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 17, 8.

<sup>102</sup> Cfr. *Forja*, 230, 285.

<sup>103</sup> Cfr. *Forja*, 349.

<sup>104</sup> Cfr. *Forja*, 300, 359.

<sup>105</sup> Cfr. *Forja*, 352, 244, 195.

<sup>106</sup> Cfr. *ibid.*, 244.

<sup>107</sup> Cfr. *ibid.*, 346, 353.

<sup>108</sup> Cfr. *ibid.*, 654.

<sup>109</sup> Cfr. *ibid.*, 624, 598. Cfr. HERRÁN, L. M., «Infancia espiritual», 693.

<sup>110</sup> *Forja*, 347. Es un punto autobiográfico. Esta talla –la Virgen de los Besos– está estrechamente unida a la infancia espiritual; cfr. *Apuntes*, n. 488 en RODRÍGUEZ, P., ANCHEL, C. y SESÉ, J., *Santo Rosario*, 94 y 88.

<sup>111</sup> Cfr. *Forja*, 353.

Confía, de un modo total y absoluto, en que todos los obstáculos serán vencidos para realizar lo que su Padre espera. Sabe que su debilidad no es obstáculo, ni lo son su ignorancia, ni sus errores.

La confianza está íntimamente unida a las tres virtudes teologales y al abandono. A veces es difícil distinguirlos. Según algunos autores, el abandono aparece como confianza que espera la ayuda de Dios. En todo caso, hay un entrelazamiento de la fe –que abre a la confianza– con la esperanza y con la caridad. La confianza presupone un acto de fe en la bondad divina. Al mismo tiempo, esa confianza es un don en sí mismo: significa ponerse en manos de Dios, con humildad, reconociendo la propia impotencia, y predispone al reconocimiento y al amor agradecido<sup>112</sup>. Tener confianza significa tener fe. A su vez, la confianza, la esperanza y el amor aumentan la fe. Existe entre las virtudes teologales una especie de circuito o «círculo sagrado»<sup>113</sup>.

Esta confianza audaz de «niño» conduce a tener un buen «complejo de superioridad» que no atenta contra la humildad, dado que no se apoya en las propias fuerzas, sino en la fortaleza y en la omnipotencia divina. Cuando se trabaja por Dios es bueno tener «complejo de superioridad» para «atreverse», con audacia y con «santa desvergüenza», a todo lo que Dios pide<sup>114</sup>.

#### CAMINO DE INFANCIA Y MADUREZ SOBRENATURAL

*«camino interior de infancia, (...) es madurez sobrenatural»*

*Es Cristo que pasa, 135*

La infancia espiritual no sólo no es algo pueril, sino que conduce a la madurez sobrenatural, a una fe inquebrantable y al abandono confiado en Dios. Expresa la conformidad completa y total, sencilla e incondicional, a la voluntad divina<sup>115</sup>.

En sus homilías, san Josemaría reflexiona, en varias ocasiones, sobre la vida de infancia espiritual. En una de ellas, sobre la vocación cristiana, refiere que la

<sup>112</sup> Cfr. DE MEESTER, C., *Dynamique de la confiance. Genèse et structure de la «voie d'enfance spirituelle» chez Ste Thérèse de Lisieux*, Paris: Cerf, 1969, 353-367.

<sup>113</sup> Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Quaestio disp. De Spe*, a.1, ad 1.

<sup>114</sup> Cfr. Forja, 342.

<sup>115</sup> Cfr. FABRO, C., *El temple de un Padre de la Iglesia*, Madrid: Rialp, 2002, 180.

infancia espiritual «exige una voluntad recia, una madurez templada, un carácter firme y abierto»<sup>116</sup>. Aconseja a conjugar la piedad de los niños con la doctrina segura. Lo expresaba con el binomio: «piedad de niños y doctrina de teólogos»<sup>117</sup>.

Para san Josemaría, la vida de infancia no significa ignorancia o inmadurez humana, al contrario. No sólo es posible comportarse como niños con respecto a Dios y poseer la personalidad madura de un adulto, sino que los dos aspectos se potencian mutuamente. En sus escritos la vida de infancia espiritual no sólo nada tiene de ingenuidad o infantilidad, sino que exige una sólida vida cristiana y una gran madurez humana y sobrenatural.

La infancia espiritual conlleva madurez en todos los aspectos; madurez en el juicio –visión sobrenatural, ponderación de los acontecimientos a la luz de la fe y con la asistencia de los dones del Espíritu Santo– y madurez en el corazón, que se traduce en una sencillez sin enredos y en la ecuanimidad, tan contraria al vaivén de los sentimientos. Y madurez de una voluntad fuerte, capaz de ser voluntariamente dócil a la acción del Espíritu Santo<sup>118</sup>. Sólo esa docilidad al Paráclito hará posible la configuración con Cristo, por la cual se va creciendo en filiación al Padre. Sólo así, la imagen de Cristo se irá formando, cada vez más nítida, en el cristiano. La vida de infancia espiritual, tal y como la razonó y vivió san Josemaría, brota de la consideración de la filiación divina, que lleva a una piedad profunda, que es virtud del hijo. Exige madurez y fuerza de carácter<sup>119</sup>.

En otra homilía comenta que una vida cristiana madura, profunda y recia no se improvisa, porque es el fruto del crecimiento en la gracia y en la intimidad con el Paráclito<sup>120</sup>. Y, precisamente a propósito de la advertencia del Maestro a sus discípulos: «Si no os hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos», comenta, de inmediato: «Viejo camino interior de infancia, siempre actual, que no es blandenguería, ni falta de sazón humana: es madurez sobrenatural, que nos hace profundizar en las maravillas del amor divino, reconocer nuestra pequeñez e identificar plenamente nuestra voluntad con la de Dios»<sup>121</sup>.

<sup>116</sup> *Es Cristo que pasa*, 38 ed. Madrid: Rialp, 2001, 10.

<sup>117</sup> Cfr. *ibíd.*

<sup>118</sup> Cfr. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, F. y BETETA, P., *Hijos de Dios*, 60-61.

<sup>119</sup> Cfr. GAROFALO, S., «El Valor Perenne del Evangelio», en FABRO, C., GAROFALO, S. y RASCHINI, M. A. (eds.), *Santos en el mundo. Estudios sobre los Escritos del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid: Rialp, 1993, 151-152.

<sup>120</sup> Cfr. *Es Cristo que pasa*, 134.

<sup>121</sup> *Es Cristo que pasa*, 135.

El autor no duda en aplicar las enseñanzas de Jesús sobre la necesidad de volverse niños a la vida de infancia espiritual. Por esta vía, el cristiano se va relacionando filialmente con el Padre, movido por el Espíritu Santo, y se identifica con el Hijo en una dinámica de inserción en la vida trinitaria. Por la docilidad al Paráclito, la imagen de Cristo se forma en el cristiano, que así se acerca a Dios Padre. Crece su vitalidad espiritual para llegar finalmente al abandono filial, lleno de la espontaneidad y la «confianza con que un niño se arroja en los brazos de su padre. Si no os hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos, ha dicho el Señor (Mt 18,3)»<sup>122</sup>. Quien vive y se siente como un niño ante Dios y persevera en el trato íntimo con las tres Personas divinas, acaba por poseer todas las virtudes y todos los dones del Espíritu Santo. El Paráclito promueve en el cristiano la vida de infancia, especialmente por el don de Piedad, y con él todas las virtudes –teológicas y morales– y todos sus dones y frutos<sup>123</sup>.

#### DIMENSIÓN MARIANA DEL ESPÍRITU FILIAL

*«Para nuestra Madre, Santa María, jamás dejamos de ser pequeños, porque Ella nos abre el Camino hacia el Reino de los Cielos, que será dado a los que se hacen como niños»*

*Amigos de Dios, 290*

Uno de los aspectos característicos de san Josemaría a la hora de vivir y presentar la vía de infancia espiritual es su dimensión acentuadamente mariana, que está presente en todos sus escritos. Le agrada recordar, frecuentemente, que la intimidad con Santa María es el camino más seguro para llegar a Dios. La certeza de esa convicción, fuertemente enraizada en su mente y en su corazón, es constante, tanto en su vida como en sus escritos. La dimensión mariana del espíritu filial está claramente expresada en la homilía *Por María a Jesús*, de 1957: «el misterio de María nos hace ver que, para acercarnos a Dios, hay que hacerse pequeños. En verdad os digo –exclamó el Señor dirigiéndose a sus discípulos–, que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños, no en-

<sup>122</sup> *Ibid.*

<sup>123</sup> Cfr. *ibid.*, 135-137. Para ahondar en este tema, cfr. ARELLANO, «Espíritu de abandono»; DELCLAUX, F., «El don de sabiduría y Camino»; y ODERO, J. M., «La virtud de la Fe en Camino», en MORALES, J., *Estudios*, respectivamente, 313-317 y 302ss.

traréis en el reino de los cielos»<sup>124</sup>. El autor retoma esta enseñanza de Jesús (Mt 18,3) y seguidamente describe en qué consiste la vida de infancia, este hacerse como niños: renunciar a la soberbia, a la autosuficiencia, reconocer que solos nada podemos. Ser pequeños exige abandonarse como se abandonan los niños, creer como creen los niños, pedir como piden los niños. Y añade, lleno de seguridad: «todo eso lo aprendemos relacionándonos con María»<sup>125</sup>. Afirma, por lo tanto, que hay una íntima relación entre la devoción a María y el camino de infancia<sup>126</sup>. Es todo un camino –la vía de infancia– que María de Nazaret puede ayudar a recorrer, pues también ella lo hizo. ¿No está explícita en el *Magnificat* (Lc 1,46-55) la afirmación de su pequeñez, que hizo que Dios realizara en ella grandes cosas? No parece osado afirmar que ella es, verdaderamente, el prototipo de la vida de infancia. Hay un punto de *Forja* que así lo sugiere: «El canto humilde y gozoso de María, en el “Magnificat”, nos recuerda la infinita generosidad del Señor con quienes se hacen como niños, con quienes se abajan y sinceramente se saben nada»<sup>127</sup>.

Si el Señor dijo, en el Evangelio, que sería el mayor en el Reino de los Cielos el que se hiciese más pequeño, ¿no podremos concluir que ese hecho se cumplió en María? Ella fue la más humilde, la más consciente de su dependencia de Dios, la más fiel en la correspondencia a la voluntad divina, en una fidelidad vivida siempre y en las pequeñas cosas de cada día (cfr. Lc 16,10). Su fidelidad silenciosa y sonriente se afirmó y se realizó en los mil pequeños detalles de su vida cotidiana que entretejen su existencia. La santificación del momento presente es la fórmula privilegiada de vivir la infancia espiritual y, con ella, el abandono y la confianza en la Providencia de Dios. El abandono da paz al alma y permite concentrar todas las fuerzas en la santificación del momento presente, sin pensar en el ayer ni preocuparse por el mañana, pues a cada día le basta su contrariedad (Mt 6,34). Esta actitud permite vivir con la máxima intensidad y fidelidad cada momento, como aquel en que Dios espera una respuesta de amor.

San Josemaría afirma expresamente que la piedad mariana está «en las entrañas» del espíritu de filiación, pues así lo vivió y así lo aconsejó siempre. A Aquella que es Madre de Dios y Madre de los hombres le pidió el don de la

<sup>124</sup> *Es Cristo que pasa*, 143.

<sup>125</sup> *Ibid.*

<sup>126</sup> Cfr. *Forja*, 354, 234, 314, 347; *Camino*, 884, 898, 900, *Es Cristo que pasa*, 144; *Amigos de Dios*, 290. Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 922 y 943.

<sup>127</sup> *Forja*, 608; cfr. *Amigos de Dios*, 150.

infancia espiritual, según hemos considerado. Y vivió ese don de la vida de infancia llevado y guiado por Ella, agarrado a su mano materna<sup>128</sup>. Aconseja una y otra vez a recurrir a María, convencido de que su protección y ayuda son siempre eficaces, también para retomar el camino interior de infancia: «Para nuestra Madre, Santa María, jamás dejamos de ser pequeños, porque Ella nos abre el Camino hasta al Reino de los Cielos, que será dado a los que se hacen niños. De Nuestra Señora nunca nos debemos apartar»<sup>129</sup>.

En *Amigos de Dios* encontramos una homilía –*Trato con Dios*– casi enteramente dedicada a la filiación divina y a la infancia espiritual. Escrita en 1964, treinta y tres años después de haber escrito *Santo Rosario*, parece condensar en su mismo título lo que considera, en su núcleo, la vida de infancia: intimidad con Dios.

Comenta, frecuentemente, un versículo de san Pedro «como niños recién nacidos» (1 Pe 2,2), afirmando que a todos los hijos de Dios les conviene ser muy recios, sólidos, con un temple capaz de influir en el ambiente; y, sin embargo, delante de Dios, «¡es tan bueno que nos consideremos hijos pequeños!» Explica asimismo que él, a lo largo de los años, se apoyó siempre en esta realidad<sup>130</sup>. Recuerda que su misma vida le había llevado a sentirse de un modo muy especial hijo de Dios y, por ello, se siente llamado a difundir esta mentalidad de hijo pequeño. Para superar dificultades y alcanzar victorias en estas batallas por la paz de las almas y de la sociedad, es muy conveniente sentirse hijos pequeños. Y añade: «Nuestra sabiduría y nuestra fuerza están precisamente en tener la convicción de nuestra pequeñez, de nuestra nada delante de los ojos de Dios»<sup>131</sup>. Se detiene a considerar que no hay nada mejor que ser pequeño para que las caídas no tengan importancia. Es muy diferente la caída de un niño de la de una persona mayor: para los niños un tropiezo es algo habitual. Por eso, en la vida interior a todos conviene ser pequeños. Y concluye, una vez más, aconsejando la infancia espiritual: «¡Qué seáis muy niños! Y cuanto más, mejor. Os lo dice la experiencia de este sacerdote, que se ha tenido que levantar muchas veces (...) Una cosa me ha ayudado siempre: que sigo siendo niño, y me meto continuamente en el regazo de mi Madre y en el Corazón de Cristo, mi Señor»<sup>132</sup>. Esta

<sup>128</sup> Cfr. *Camino*, 884, 898.

<sup>129</sup> *Amigos de Dios*, 290; cfr. *ibíd.*, 16, 142-153.

<sup>130</sup> *Amigos de Dios*, 143.

<sup>131</sup> *Ibíd.*, 144.

<sup>132</sup> *Ibíd.*, 147. Cfr. *ibíd.*, 146.

intimidad de hijos debe ser buscada y vivida en medio de la calle, del trabajo profesional intenso, en los deberes y en las relaciones sociales<sup>133</sup>. Las pequeñas ocupaciones cotidianas, realizadas con el continuo deseo de agradar a Dios por amor son camino hacia la santidad. Termina este amplio comentario sobre el ser «como niños recién nacidos» (1 Pe 2,2), diciendo que es éste el modo de proceder que el Evangelio enseña, con la santa desvergüenza de los niños que vuelven a su Padre después de los fracasos. Es éste el manantial del amor y de la paz de los hijos de Dios. Sólo así es posible amar y santificar el trabajo, reiterando la idea de que el amor y la «felicidad escondida» se encuentran en la santificación del trabajo vivido con espíritu filial y en consonancia con la misión divina recibida<sup>134</sup>.

La santidad reside precisamente en la vida cotidiana «divinizada» por el amor, vivida en la intimidad con Dios, independientemente de las circunstancias, procurando hacer bien las tareas de cada día, a ejemplo del Hijo de Dios que tan bien llevó a cabo todas las cosas (cfr. Mc 7,37). He aquí una santidad al alcance de todos, que conduce a vivir una vida contemplativa en medio de todas las actividades terrenas honestas y nobles.

\* \* \*

La vida de infancia está presente a lo largo de toda la obra de san Josemaría, como lo está también a lo largo de toda su vida. En el análisis de sus obras publicadas no hemos encontrado diferencias significativas entre ellas, ni en el tratamiento del tema, ni en las facetas que desarrolla en cada una de las mismas. Pensamos que, en lo fundamental, la infancia espiritual sobre la que reflexiona en la madurez no es distinta de aquella que vivió tan intensamente en los años de juventud. Ahondando en los datos que nos presentan sus obras, no nos parece que haya, en términos general, una evolución en la doctrina, lo que no obsta a que el modo de exponerla sea muy variado ya que posee una gran diversidad de escritos.

El trato con Dios como un hijo pequeño surgió como una necesidad de su alma, probablemente también porque era consciente de la inconmensurable tarea que Dios le pedía –la fundación del Opus Dei–, y ante la cual se le hacía bien patente la desproporción de sus fuerzas y de sus recursos. Tal vez,

<sup>133</sup> Cfr. *ibíd.*, 149.

<sup>134</sup> Cfr. *ibíd.*, 153.

precisamente por ese motivo, necesitaba apoyarse en la paternidad divina, más aún, abandonarse con total confianza al poder de Dios<sup>135</sup>.

En *Santo Rosario* y en los capítulos de *Camino* sobre este tema el objetivo de san Josemaría es ayudar a «vivir» la vida de infancia que él mismo se sentía impulsado a vivir en la época en que los escribió, hacia 1931 y 1932, movido por el deseo de santidad y por la docilidad al Paráclito. Estos escritos revelan una vivencia llena de espontaneidad y una particular viveza en la forma de exponerla.

Si algo destaca y unifica todos los aspectos de la vida de infancia es precisamente el *amor* que, al fin y al cabo, supone la esencia de la santidad y, por lo tanto, también la esencia de la vía de infancia. El valor de una acción se puede medir por el valor del amor que la inspira... Una vida vale, por el amor que la anima... Esta regla de oro parece ser la ley suprema de la infancia espiritual.

A veces, el autor parece añorar esos momentos de intensa intimidad con Dios; algo patente, por ejemplo, en *Surco*. Se repite, varias veces, una misma idea: con el paso de los años, volver a la infancia espiritual es una necesidad que equivale a rejuvenecer la propia vida interior, a despertar del sueño de la tibieza: es una especie de «nacer de nuevo».

La sencillez, la alegría y la seguridad, llenas de audacia, son también características propias de la vida de infancia, según hemos visto en *Forja* y en su *Via Crucis*. Son compatibles con la Cruz, con el dolor, con las dificultades, ya sean provocadas por las adversidades externas, o por las propias miserias y debilidades. Son esos momentos, precisamente, los más propicios para reaccionar y volver al camino de la filiación divina, que conduce a los brazos abiertos y expectantes de Dios Padre.

La infancia espiritual, con sus paradojas, refleja el espíritu del Evangelio y de las bienaventuranzas (cfr. Mt 5,3-12) de las que está impregnada<sup>136</sup>. El espíritu de las bienaventuranzas produce, ya en la vida presente, la paz y una felicidad profunda en las tribulaciones, a semejanza de lo que le ocurrió a san Josemaría en esos momentos de íntima vivencia de la infancia espiritual. Atravesaba una época de grandes dificultades: intensa persecución religiosa en plena guerra civil, pobreza total, la incompreensión... Pero nada de eso fue obstáculo para una alegría y una paz inexplicables, si se consideran únicamente del punto de vista humano.

Las homilías, escritas años después de esta eclosión de la vida de infancia, tienen un tono mucho más pausado y reflexivo. En ellas el autor reflexio-

<sup>135</sup> Cfr. *Carta* 9-I-1959, 60, en REQUENA, F. M. y SESÉ, J., *Fuentes*, 26.

<sup>136</sup> Cfr. ARELLANO, «Espíritu de abandono», 166-169. Cfr. *Camino*, 873.

na sobre la infancia espiritual y explícita mejor lo que ya estaba implícito en sus primeras obras.

Al comienzo de estas páginas hemos comentado que los autores que estudian la infancia espiritual generalmente coinciden en señalar que tiene su origen en la Sagrada Escritura, que asienta sus profundas y fecundas raíces en la realidad de la filiación divina, y que aparece frecuentemente asociada a la devoción a la infancia de Jesús. Hemos encontrado estos mismos rasgos también en san Josemaría quien, según hemos podido observar, los desarrolla todavía más en su obra más tardía.

En varias de sus homilías se refiere explícitamente a la vida de infancia espiritual, uniéndola a las enseñanzas de Jesús sobre la necesidad de hacerse niños. No sólo relaciona las palabras del Señor con la infancia espiritual, sino que también la fundamenta, en distintas ocasiones, en la filiación divina del cristiano<sup>137</sup>. Aunque la relación entre la vida de infancia y la filiación divina aparecía ya en sus primeros escritos, en las homilías se acentúa este aspecto.

San Josemaría describe también la vida de infancia como *confianza y abandono* en Dios. Ahonda, asimismo, en la vida de infancia a partir de su relación con la *madurez sobrenatural*; una persona madura, desde el punto de vista humano y sobrenatural, que ante Dios se comporta y se siente como un niño, se va acercando a la edad perfecta de la plenitud de Cristo (Ef 4,13), con quien se irá identificando, y alcanzará finalmente ese momento al penetrar en la intimidad divina y finalizar así su caminar en dirección al Padre, en el Hijo, por el Espíritu.

Finalmente, en todas sus obras se añade a estas características la *dimensión mariana* de este espíritu filial. Destaca el heroísmo con que vivió la Virgen de Nazaret, en una santidad escondida, sin brillo externo, pero admirablemente fiel a semejanza del propio Verbo Encarnado, que todo lo hizo bien (cfr. Mc 7,37).

En algunos de sus escritos, todavía no publicados, encontramos de forma más explícita algunos de los aspectos abordados a lo largo de estas páginas<sup>138</sup>. Para un desarrollo más profundo de este tema sería interesante considerar también sus obras no publicadas, en especial sus *Apuntes íntimos*. Precisamente en los

<sup>137</sup> Cfr. *Es Cristo que pasa*, 135, 10, 143.

<sup>138</sup> Es el caso del relato en el que aclara como surgió en su vida la infancia espiritual, al recitar el Padre Nuestro; cfr. *Carta* 8-XII-1949, 41, citada por ECHEVARRÍA, J., en RODRÍGUEZ, P., ANCHEL, C. y SESÉ, J., *Santo Rosario*, XVI-XVII. Y también de un texto de san Josemaría citado en RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 920: *Predic. Hond.*, *El que no se haga como un niño no entrará en el Reino de los Cielos*, 27-VIII-1937, 254, XLII.

*Apuntes íntimos* encontramos una frase ilustrativa –en cierto modo crucial– para entender la infancia espiritual. Escribe san Josemaría: «Que esta otra vida a la que quiero nacer hoy, sea una continua infancia sobrenatural: vida de Fe, vida de Amor, vida de Abandono. Fiat. Madre Inmaculada. ¡Tú lo harás!»<sup>139</sup>. Vida de Fe, de Amor y de Abandono que deposita, una y otra vez, en manos de Santa María.

El abandono y la confianza en Dios, la fe, la esperanza y el amor están estrechamente unidos en la vida de infancia. La infinita perfección de Dios, al llenar el alma de sus dones, hace que se unan en la vida de infancia todas las virtudes sobrenaturales, incluso las que parecen opuestas entre sí. Este texto revela que vivir la vida de infancia significa, sobre todo, vivir intensamente las virtudes teologales<sup>140</sup>.

La confianza total en la misericordia de Dios y en su Amor conduce al abandono en Dios como la forma suprema del amor. A una total conformidad con la voluntad de Dios, al *Fiat* del amor que es la cumbre de la perfección cristiana y que evoca a Santa María y su plena disponibilidad a los designios divinos. El principio del camino de infancia espiritual que lleva a la locura de amor de Dios es un confiado amor a María Santísima.

Los varios aspectos que hemos considerado se encuentran referidos en el Decreto de la Congregación para las Causas de los Santos sobre las virtudes heroicas de san Josemaría, promulgado en 1990. Este Decreto le apellida de contemplativo itinerante, y añade: «constantemente inmerso en la contemplación del misterio trinitario, situó en el medio del mundo el sentido de la filiación divina en Cristo como el fundamento de una espiritualidad en que la fortaleza de la fe y la audacia apostólica de la caridad se concilian armoniosamente con el abandono filial en Dios Padre»<sup>141</sup>.

Consciente de que mucho queda por decir, concluyo con una frase de Cornelio Fabro: «Sobre este tema de la infancia espiritual, el autor compone toda una gama de variaciones profundas e inspiradas, que tocan el corazón del programa de santidad en el mundo, a lo largo de todo su desarrollo, desde el inicio al final. Estas páginas podrían contarse entre las más sabrosas y profundas de la espiritualidad moderna, y permiten advertir la ascensión espiritual del autor, que exterioriza la intimidad de su alma»<sup>142</sup>.

<sup>139</sup> *Apuntes*, n. 409, en RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 24; cfr. *ibíd.*, 315-316.

<sup>140</sup> Cfr. ARELLANO, J., «Espíritu de abandono», 167. Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 916.

<sup>141</sup> Citado por ECHEVARRÍA, J., *Memoria*, 141.

<sup>142</sup> FABRO, C., *El temple*, 77.

## Bibliografía

- BERROUARD, M.-F., SAINTE-MARIE, F. y BERNARD, C., «Enfance Spirituelle», *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique* IV (1960) 682-714.
- DE CAUSADE, J. P., *L'abbandono alla divina Provvidenza*, Milano: Cinisello Balsamo, 1991.
- DE MEESTER, C., *Dynamique de la confiance. Genèse et structure de la «voie d'enfance spirituelle» chez Ste Thérèse de Lisieux*, Paris: Cerf, 1969.
- DE MEESTER, C., «Infancia Espiritual», *Diccionario de Mística* (2002) 905-906.
- ECHEVARRÍA, J., *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, 2 ed. Madrid: Rialp, 2000.
- FABRO, C., *El temple de un Padre de la Iglesia*, Madrid: Rialp, 2002.
- FABRO, C., GAROFALO, S. y RASCHINI, M. A. (eds.), *Santos en el mundo. Estudios sobre los escritos del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid: Rialp, 1993.
- FERNÁNDEZ-CARVAJAL, F. y BETETA, P., *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá*, 5 ed. Madrid: Palabra, 1999.
- GARRIDO GALLARDO, M. A., *La obra literaria de Josemaría Escrivá*, Pamplona: Eunsa, 2002.
- HERRÁN, L. M., «Infancia espiritual», *Gran Enciclopedia Rialp* XII (1972) 692-694.
- IBÁÑEZ LANGLOIS, J. M., *Josemaría Escrivá como escritor*, Madrid: Rialp, 2002.
- LANZ, A. M., «Abbandono», *Enciclopedia Cattolica*, v. I, Città del Vaticano: 1949.
- LEHODEY, V., *Le saint abandon*, Paris: Gabalda, 1942.
- MORALES, J. (ed.), *Estudios sobre Camino*, 2 ed. Madrid: Rialp, 1989.
- NOYE, I., «Enfance de Jésus», *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique* IV (1960) 652-682.
- PÍO XI, *Homilía de la Misa de Canonización*, 17-V-1925, *AAS* 17 (1925) 211-214.
- POURRAT, P., «Enfance», *Catholicisme* IV (1956) 652-682.
- PRATAS, H., «La Vida de Infancia en san Josemaría Escrivá. Una introducción», *Scripta Theologica* 42 (2010) 611-638.
- REQUENA, F. M. y SESÉ, J., *Fuentes para la historia del Opus Dei*, Barcelona: Ariel, 2002.
- RODRÍGUEZ, P., *Camino*, ed. crítico-histórica, Madrid: Rialp, 2002.
- RODRÍGUEZ, P., ANCHEL, C. y SESÉ, J., *Santo Rosario*, ed. crítico-histórica, Madrid: Rialp, 2010.

- SAN FRANCISCO DE SALES, *Tratado do Amor de Deus*, 3 ed. Porto: Apostolado da Imprensa, 1958.
- SAN JERÓNIMO, *In evangelium Matthaei comm.*, 3,18, 4: PL 26, 128c.
- SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 29 ed. Madrid: Rialp, 2002.
- SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, 69 ed. Madrid: Rialp, 2000.
- SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 38 ed. Madrid: Rialp, 2001.
- SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, 5 ed. Madrid: Rialp, 1988.
- SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Santo Rosario*, Madrid: Rialp, 1979.
- SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, 18 ed. Madrid: Rialp, 2001.
- SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Via Crucis*, Madrid: Rialp, 1981.
- SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matthaeum* 38, 1: PG 57, 429c.
- SAN LEÓN, *Homilia 7*, *In Epiphania Domini*: CCL, 138, 200.
- SAN MÁXIMO DE TURÍN, *Homilia 58*: CCL 23, 218.
- SAN MÁXIMO DE TURÍN, *Sobre la Caridad*, Centuria 1, 1: PG 90, 959.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Opera Omnia*, Taurinii-Romae: Marietti, 1939-1967.
- VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, I, *¡Señor, que vea!*, Madrid: Rialp, 1997.
- VILLER, M., «Abandon», *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique*, I, 34.
- VON HILDEBRAND, D., *Nuestra transformación en Cristo*, 2 ed. Madrid: Patmos, 1956.